

—Supongo—le dijo—que no irás á cometer tonterías con la pequeña. Tu padre tiene razón en el fondo. Yo tengo necesidad de asegurarme. Antes de hablar de boda á una muchacha es preciso saber lo que trae.

Bernardo Chavarux empezó á reirse.

—¡Caramba, me tomas por tonto! ¡Te equivocas!... Hablas como si no fuésemos de la misma opinión. Ya comprendes que una muchacha educada con tanto cuidado, no procede de la cabaña de un pastor, como has salido tú.

Aquella alusión no impresionó á su madre.

—Continúa le dijo.

—Yo—continuó obcecándose en su idea;—estoy segurísimo que Aurora es hija de gentes muy ricas...

—Sin duda; pero veré al señor Pilet... y después volveremos á hablar... Mientras tanto te ruego que no hagas nada.

El heredero de los Chavarux tenía el paño de un perfecto notario como se ven muchos en algunas capitales de provincias.

Los hay que llegan á sentarse en el banquillo de los acusados.

Dió con gran desfachatez un golpe en el hombro de su madre y la dijo.

—¡Qué tonta erés! Te juraría que hay mucho que ganar... Pero lo primero es tratar los negocios... Saber si ella quiere...

Y añadió con una finura que encantó á su madre.

—Una palabra á nada compromete.

La alegría de la madre rayó á la altura de la de su hijo.

Decididamente tenía sus mismos instintos.

—Eres un encanto é iras lejos. Puesto que

es tu gusto adelante. No tengas miedo... Ve... Dila cuanto quieras.

Algunos minutos después, la hija de Magdalena de Arvil y de Jaime Fugeret, la niña nacida en villa Miltón en Lugano, la que todo el mundo conocía con el nombre de la señorita Aurora ó la hermosa de Aubignac se internaba en el parque y al desembocar en una calle de árboles un paseante se cruzó con ella y la detuvo con un gesto.

Era Bernardo Chavarux.

### III

#### Curso práctico.

Al verle, la joven hizo un movimiento de retroceso como si frente á ella hubiese visto un reptil.

Bernardo Chavarux no pudo equivocarse sobre la impresión que acababa de producir.

—¿Os asusto acaso?—preguntó.

—Pero...

—Es de creer... Tan temerosa sois...

—Me habéis sorprendido. ¿Por qué causa podía asustarme?

—Os habéis marchado tan pronto, que no os he podido hablar como lo hubiera deseado. Ya habéis debido comprender que si he venido á Aubignac ha sido tan solo por veros.

Ella parecía muy admirada.

—¡Oh!—exclamó.—No me tenéis acostumbrada á tanta amabilidad, Bernardo.

—Es porque soy muy tímido, y no estoy acostumbrado á decir lo que pienso.

Aquella era una solemne mentira.

30553

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
Apto. 1628 MONTERREY, MEXICO



El heredero de los Chavarux había dado en el país muestras de gran arrogancia cuando se trataba de débiles mujeres.

Pero la excusa no estaba mal buscada.

—Si queréis—continuó envalentonado por una sonrisa de la joven,—daremos una vueltecita por debajo de estos árboles, y os explicaré un proyecto que me he forjado para asegurar tanto mi porvenir como el vuestro.

La joven se inclinó friamente.

El escribiente, que al principio parecía titubear, había reconquistado todo su aplomo.

En el fondo era un joven muy resuelto con el sentimiento de su importancia.

Se veía en su aspecto cuando se paseaba en los bosques de las cercanías que hubiera querido decir á los aldeanos conocidos suyos é igualmente á las aldeanas, que sus ojos fascinaban.

—Miradme. No soy un pobrete como vosotros. Tendré una bonita herencia cuando mi padre cierre el ojo y un porvenir brillante cuando sea notario.

Todos lo sabían.

Así es que no hubiese tenido más que escoger entre la infinidad de muchachas casaderas de un país dondè no hay labrador rico, cuya hija no se hubiese creído muy honrada con casarse con un escribiente, aunque no hubiese aspirado más que á la carrera de notario.

Bernardo Chavarux era un buen partido, bajo el punto de vista de los intereses, sin contar su reputación de hombre hermoso que no era de desdeñar.

—Decídme, Aurora,—dijo después de haber dado algunos pasos á su lado.—¿Os sería acaso

desagradable llegar á ser la esposa de un notario?

La pregunta fué hecha secamente.

Ella le miró de soslayo, hizo un ligero movimiento con los labios y no contestó.

Bernardo prosiguió:

—No es un oficio del todo malo, ya lo sabeis. Ya veis al señor Pilet. Según dicen ha reunido una bonita fortuna, muy cerca de un millón, quizás el doble, y aun me quedo corto. Yo no había de ser menos listo que él y estoy seguro que no habría de ganar menos andando el tiempo, porque cuando se corre mucho está uno expuesto á romperse el pescuezo. No hay necesidad de correr mucho cuando es uno joven y robusto. Los Chavarux no mueren más que de viejos. Todo el mundo puede decíroslo en el país.

Y dándose un fuerte golpe en el pecho añadió:

—¡Hay pulmones!

¡Los Chavarux!

La joven no pudo por menos de sonreirse.

Quizás en aquella sonrisa había un poco de desdeñosa piedad.

Bernardo se creyó ya en buen camino.

¿Por lo demás, cómo hubiera podido creer otra cosa?

¿Quién podía suponer que aquella Aurora que no tenía familia, ni dinero y que no poseía más que su belleza como único bien, pudiese rechazar un pretendiente como el hijo del jardinero de Aubignac?

Y tan solo porque sí.

Hubiera sido una locura.

Era preciso hacérselo comprender.



Había llegado el momento.

El escribiente del Sr. Pilet, negociante esperto, no dejó de hacerlo.

Se aproximó familiarmente á la joven, la cogió el brazo, la aproximó contra el suyo, al mismo tiempo que daba golpecitos en la manita que tenía á su disposición y continuó la confidencia con el mismo tono:

—Hace mucho tiempo que siento lo que os digo, pero no me he atrevido á decirlo en casa. Los abuelos son muy avaros cuando se trata de dinero... No sueñan más que con él. Es una manía muy común en nuestra tierra. La mayoría de los auvernieses están cortados por el mismo patrón. Aunque mi padre y mi madre tuviesen un montón de oro tan grande como el Puy-de-Dome se les figuraría aun pequeño. Cuando llegué de Vichy estaban solos sentados á la mesa. Os habíais retrasado y estaban enfadados. Al encontrarlos solos he cogido la ocasión por los cabellos. He dicho cuanto sentía... Les he dicho que me agradabais y es verdad. No he conocido jamás una muchacha más bonita que vos. Y, sin embargo, ni el mismo diablo sabe las infinitas mujeres que van á Vichy durante la estación de aguas.

Aurora retiró con suavidad su brazo y se agachó para coger una florecita, queriendo por este medio explicar la separación momentánea.

El joven había cobrado valor, no notó aquella separación y prosiguió:

—No faltan muchachas donde elegir. Pues bien, me creeréis si queréis, no he encontrado ni una que sirva para descalzaros. He dicho,

pues, á mis padres: Haré cuanto queráis, compraré un estudio en el país, seré notario, puesto que lo deseáis; pero la necesito á ella. Pensé que las cosas irían por sí solas. ¡Sí, sí! Mi madre puso un gesto... No lo hubiera creído nunca; pero ya os lo he dicho: el dinero les atormenta... Demasiado sé que para comprar un estudio hace falta dinero; pero los abuelos tienen economías, y ya es tiempo de que las dé el aire...

La joven bajaba la cabeza y se mordía los labios, al mismo tiempo que deshojaba la florecita.

Una gran tristeza la embargaba.

Era pobre, muy pobre para casarse con un Chavarux.

Se lo decían claramente.

Pero aun no se había terminado.

Había aun algo más.

El joven no tardó en explicárselo.

Quería hacerla beber el cáliz hasta las heces.

El que busca un fin no repara en los medios. Así es que prosiguió con su brutal alegría.

Otra de las causas que más les detienen, es la burla á que puedo verme expuesto el día de mañana. Os digo esto porque quiero ser franco... Nadie sabe de donde venís... Parece ser que hasta el mismo señor Pilet lo ignora. Es muy raro, pero en este mundo hay muchas cosas raras... Ahora bien, es poco grato para un notario el que digan: Veis á ese; pues tiene una mujer que nadie sabe de donde ha venido. No tiene ni padre ni madre conocidos... Es una niña abandonada... ¡Quizás la hija de un criminal! Yo soy un tanto de la manera de pensar



de mi padre, pero que importa, que cada cual piense lo que quiera.

Y dijo con gran energía como si hubiese querido desafiar la opinión del universo entero.

—Nada ha de impedirme que me case con vos, no, nada, palabra de honor.

Se detuvo para juzgar de el efecto de su declaración.

Aurora estaba muy tranquila, un poco pálida solamente.

Arrancó las últimas hojas á la flor, rompió el tallo y lo arrojó al suelo, de donde la había cogido.

Y mirando cara á cara á Bernardo Chavarux que se puso púrpura como si ella hubiese podido sorprender en su rostro las pruebas de su embuste, le preguntó:

—¿De modo que vuestros padres tendrían un gran disgusto si yo llegara á ser vuestra mujer?

—Un poco; pero ya se les pasará... Ya comprendéis... Tienen ambición para mi... Querrian verme rico... Todo el mundo piensa aquí lo mismo... Se han quedado un poco confusos en un principio... Pero todo el mundo acaba por acostumbrarse á una cosa; y además, ¿qué nos importa á nosotros?

—Vos no podéis ir en contra de su voluntad.

—Cederán, os lo aseguro... No han de pasar tres semanas sin que piensen como yo... ¡Dinero! Me gusta tanto como á ellos, pero ya lo ganaré... No hemos de pasar apuros... ó el demonio nos llevará antes juntos.

—Sea; pero, por otra parte, mi posición os causará perjuicios.

—No tantos como os figuráis.

—Sí... lo he comprendido claramente... y hace ya mucho tiempo... Una bastarda como yo no puede entrar en ninguna familia honrada...

—¡Oh!—dijo Bernardo con resignación.

Los labios de Aurora se crisparon, pero continuó diciendo con tranquilidad:

—No es hoy cuando lo sé... En Moulins, en el convento, las muchachas de mi edad no se mordían la lengua para decírmelo. No tengo ni padre ni madre...

Y añadió con la misma dulzura:

—No era preciso habérmelo recordado.

Bernardo Chavarux había cumplido sus tres años de servicio en un regimiento de línea.

Había llegado al grado de sargento y cumplía sus funciones con gran satisfacción de su capitán, un lorenés, que hablaba siempre de su brusca franqueza.

El joven juzgó el momento á propósito para emplear la frase de su superior.

—Ha sido mi brusca franqueza la que me ha arrastrado á haceros semejantes declaraciones. No sé dar rodeos, mi querida Aurora; voy derecho al asunto. El hecho no se puede negar. Lo importante es que me quiero casar con vos. Esto es lo positivo.

—En efecto; ¿pero cómo se ha os ocurrido la idea de llegar á semejante sacrificio?

Bernardo Chavarux no se reveló contra aquellas palabras, que parecían una burla.

Sin embargo, no era tonto hasta el punto de no comprender que la joven le tendía un lazo.



La examinó atentamente y no distinguió en su rostro nada más que una calma que se parecía mucho á la resignación.

—Sí—añadió.—¿Cómo renunciar por mí á una brillante unión á la cual tenéis el derecho á aspirar? ¿Para qué obstinaros, exponiéndoos al enfado de vuestros padres, por tomar por esposa á una desgraciada sin fortuna y sin nombre, que no tiene nada que esperar del parvenir?

—¿Porque...?—repitió él reflexionando.

—Sí, ¿qué razón puede arrastraros á llevar á cabo una resolución semejante?

—Es muy sencilla.

—¿Pero cuál?

Y fijó sus ojos en los del joven, que no pudo resistir aquella mirada, quien, turbado, balbució:

—¡Porque os amo!

Aquella frase, que hubiera podido emocionarla si hubiese sido pronunciada con acento de sinceridad, sonó en falso é hizo aparecer una sonrisa de incredulidad en los labios de Aurora.

—¿Y no tenéis ninguna razón más?—le preguntó.

—¿Parece que os estraña el que yo pueda amaros?

—Un poco, porque no me lo habéis dicho nunca, haciendo tantos años que nos conocemos.. las ocasiones no os han faltado... ¿Yo no podía sospecharlo, no, os lo aseguro!...

—¿Y vos no habéis pensado nunca en que semejante fenómeno pudiera ocurrir, mejor dicho, que era imprescindible, necesario, que ocurriera?

Ella movió la cabeza.

—¡Jamás!

—¿Pero es posible?

—¡Al contrario! Me decía que si en el mundo había alguna persona que le fuera indiferente mi suerte, érais vos.

—¡Oh!

—Es preciso que ese grande amor, ese espíritu de sacrificio de que estáis animado se haya apoderado de vos con gran rapidez.

—No; hace mucho tiempo que esta idea me atormenta, solo que no parecía llegado el momento de notificároslo.

—Vamos, reflexionad, amigo mío; ¿cuanto acabáis de decirme, se puede tomar en serio?

—Pero con toda seriedad.

—Reflexionad... Haríais mal si me proporcionáseis una falsa alegría.

—¡Os juro!...

—Con el agradecimiento que debo á vuestros padres, y á vuestra madre en particular, que me ha criado con grandes cuidados, no quisiera defraudar sus esperanzas, ni causarles el menor pesar.

—No temáis, no pueden negarme nada. ¿A quién puede ser agradable más que á su hijo?

—Sin duda... pero...

—Respondo de ellos como de mí.

Bernardo Chavarux no se comprometía con semejantes promesas.

—En una palabra, ¿qué es lo que queréis?—preguntó la joven, parándose de repente.

—Es muy sencillo... Os ruego que me cedáis vuestra diminuta mano...

—¿Así... tan de repente?...

—¡Lo antes posible!



Aurora sacó de su bolsillo un pañuelito y se limpió la frente, que, sin embargo, no tenía ni una gota de sudor.

—Es grave—murmuró,—muy grave, amigo mío. Ya comprendéis que no se pueden comprometer dos existencias así tan de repente.

—Hace falta reflexionar tanto... Podriais encontrar otra cosa mejor... Hay tantas casualidades en la vida...

—¡Oh! no espero ninguna!... ¡Una abandonada!

—¡No, no seremos desgraciados! Compraremos un buen estudio en este país ó en otra cualquier parte... Tendremos una casa agradable, donde no faltará nada... La vida no es cara en el campo, ni tampoco en Vichy, exceptuando la época de aguas... Ya veréis... Os reuniré una fortuna... con el tiempo... lo mismo que el señor Pilet Desbuttes...

—¿Es tan rico como dicen?

—Mucho.

—¿Y es una dicha el ser rico?

Bernardo contestó redondamente:

—La mayor de todas... Los que pretendan lo contrario, no saben lo que dicen. Yo soy sincero.

—Sin embargo...

—No, yo sé lo que pasa...

—¿No tenéis más que decirme?

—Por ahora no.

—Pues bien, os prometo que lo pensaré...

—¿Necesitáis pensarlo siquiera?

—Sin duda, y os daré una respuesta.

—¿Pronto?

—Dentro de unos días, de algunas semanas quizás...

—¡Mucho es!...

—¿Tan impaciente estáis?

—Más de lo que creéis... Sin embargo, ¿sabéis lo que vais á contestárme?

—Quizás...

—¿Y es?...

—No aceptar el inmenso sacrificio que os imponéis, tan solo por el cariño que me profesáis...

—¿Os negaríais?

—Aún no es seguro... ¡Veré!... ¡Pensaré!... Me sería muy sensible causaros la menor pena, Bernardo, por más que creo que os consolaríais con gran facilidad si os dijese que no.

El rostro del joven tomó un color violáceo. Se dijo que Aurora, á pesar de la tranquilidad de su voz, se burlaba de él, que no tomaba en serio su petición y le rechazaba mofándose.

Sus puños se crisparon, se sonrió de una manera terrible y dijo:

—¿Supongo que no os burláis de mí?

—¡Oh! no.

—Es que casi llevo á creerlo.

—Haceis mal... No esperaba lo que acabo de oír... Es pues, muy natural, que esté sorprendida... Os contestaré dentro de algunos días.

—Sea, puesto que así lo quereis.

Y lo mismo que Claudia, añadió:

—Veré al señor Pilet tan pronto como pueda.

—No os costará gran trabajo...

—¿Por qué?

—Va á venir aquí dentro de poco...

—¿Estais seguro?

—Por completo.

—Entonces le esperaré...



Bernardo Chavarux estaba humillado.

Un joven como él, que se creía un guapo mozo, que debe heredar una cantidad de cincuenta mil francos, más los intereses que se han ido acumulando, no puede sentirse satisfecho al ser recibido con una frialdad tal, cuando dispensa á una joven el honor de pedirle su mano.

Tendió la suya á su compañera de la infancia, que la tocó no sin titubear.

La joven desconfiaba y tenía razón.

Bernardo cogió la débil muñeca de la joven entre sus dedos de hierro y dijo con rudeza, atrayéndola hacia sí:

—Ya sabes... ¡Lo quiero!... Me agradas... No serás de otros... Yo sé lo que pasa... Los jóvenes dueños del castillo dan vueltas á tu alrededor lo mismo que raposos alrededor del gallinero; pero por Dios vivo, te aseguro que no han de lograr sus fines!...

La joven trató de desasirse, pero él la estrechó más fuertemente, y pasando el otro brazo alrededor de la cintura de la infeliz, casi la hizo doblarse y rugió:

—Acuérdate de lo que te dijo, sí, serás mía... Serás mi mujer... Los otros te tomarían por diversión, y yo no quiero; no, no quiero.

Ella se incorporó enérgicamente y se sus-  
trajo á su abrazo, exclamando:

—Lo que haceis es vergonzoso.

—¡Te amo!

—El amor se prueba de otro modo... de ninguna manera con violencias.

El joven empezó á reirse con una risa falsa y forzada.

—Esto es el amor.

—Pues es un amor que no me gusta.

—Vamos—dijo tratando de dulcificarla...—no te enfades... ¿No hemos crecido juntos?... ¿No somos hermanos? Te amo y te lo pruebo... Reflexiona, puesto que así lo quieres... No tengo deseos de violentarte... Harías mal en creerlo... Ven á acompañarme hasta la verja. Es preciso que vuelva á Vichy y está bastante lejos; felizmente tengo aquí mi bicicleta...

Ella le siguió sin contestarle.

Pasaron por delante del castillo.

Chavarux, con dos ayudantes, arreglaba los macizos para ponerlo todo en orden.

Los criados limpiaban las ventanas y quitaban el polvo á las colgaduras.

—¡Mil diablos!—exclamó el joven— Esperamos mucha gente en este antiguo nido. Hace mucho tiempo que no se lava la casa de un modo semejante.

El jardinero hizo un gesto de mal humor al enseñar á su hijo toda aquella gente.

Después el joven se dirigió á su casa á decir á su madre:

—No va á ser tan facil como parecía. Tiene la cabeza muy dura. Pero es seguro que sería un buen negocio. Es preciso ver al señor Pilet lo antes posible, y según lo que diga así obraremos.

—Está bien, hijo mio, avisale que iré mañana.

Si Aurora hubiese visto las miradas con que Bernardo había acompañado su última frase, hubiera temblado.

Pero se había parado á la entrada del parque.

Vió á Bernardo montar en el bicicleta, que la dirigió un saludo.



La joven movió la cabeza con disgusto y dijo:

—¡Casarme con él! ¡Con Bernardo Chavarux! ¡Preferiría entrar en un convento para no salir jamás!... ¿Pero qué debo hacer?...

Y en aquel momento la imagen de otro que no había hecho más que entrever, atravesó por su mente, y una sonrisa vaga y triste iluminó su rostro.

Aquella imagen era la del hermoso Raimundo de Caylus.

Pero aquel hombre, ¿que podía ser para ella?

#### IV

#### La vida íntima

Claudia Rognat, esposa de Chavarux, era una mujer ordinaria, aunque no carecía de los encantos propios de las mujeres del campo. Su mayor defecto era la avaricia.

La de las gentes de Auvernia es encarnizada y tenaz.

Está lejos de nosotros el pensamiento de molestar á aquella raza valiente, enérgica y laboriosa.

Claudia Rognat, tenía una disculpa, como la tienen la mayoría de sus compatriotas.

La miseria de su infancia.

Se acordaba del sitio de su nacimiento, una choza construida en la vertiente de Puy-Ferrand, donde sus padres guardaban ovejas, siendo criados de otro ciudadano de Auvernia, voraz y ambicioso.

Aquella cabaña era como la que debieron

habitar los habitantes de los primitivos tiempos, en que los hombres, las ovejas, las vacas y los perros vivían juntos.

Los más miserables en este conjunto son los hombres.

Claudia se acordaba de sus primeros años, cuando aún era muy pequeña, no teniendo más que harapos para cubrirse, descalza, corría como los rebaños que su padre guardaba por entre rocas y bosques, expuesta á perderse ó á rodar á un precipicio ó á ser devorada por los lobos.

Estos accidentes ocurren con frecuencia.

No teniendo por todo alimento más que un pedazo de pan tan negro como un carbón y tan duro como una piedra, que tenía que mojar en el agua de los arroyos para no estropearse la dentadura.

Un día la casualidad se había mezclado en su vida.

Había crecido.

Desde su cabaña había ido á Champeix y de Champeix á Royat, para servir como criada y con un salario de diez francos mensuales. Era viva y guapa.

En Royat un notario que estaba allí en vacaciones la había visto en el hotel, muy modesto por cierto, donde vivía, comprendió que necesitaba una criada y la propuso la plaza.

Ella no reflexionó mucho tiempo.

El notario era soltero.

Esta consideración la decidió.

Aceptó en seguida.

De este modo fué como entró á servir al señor Pilet-Desbuttes.

Ya saben lo demás.